

TEMA 3. EL IDEAL DE LA ADORACIÓN NOCTURNA

Adoración Nocturna al Santísimo Sacramento: Este pensamiento reconoció como móvil el rendir culto durante la noche a la presencia real de Jesucristo entre los hombres, conforme a la idea que en el siglo XVIII inspiró a los Sumos Pontífices la institución de las Cuarenta Horas, que aspiró a hacer perpetua la adoración del Señor. Responden así los adoradores, con los ejercicios de la noche, al propósito de la adoración perpetua por los hombres al Santísimo Sacramento, puesto que perpetuamente permanece el Señor en adoración, viviendo siempre en la Eucaristía para interceder por nosotros, como dice san Pablo en la epístola a los Romanos.

El fin directo de la adoración es, y no puede ser otro, que la mayor gloria de Dios, que consiste en hacer bien al hermano coadyuvando a los propósitos de la santa Iglesia esposa de Cristo en la conversión de los pecadores, agonizantes y atribulados, y en impetrar la libertad y prosperidad de la misma Iglesia católica, militante y purgante y el bien del Estado... en justa reciprocidad a la constante vida de oración de Cristo por nosotros, bajo el velo de las especies, devolviendo al Señor, como lo permita la humana miseria, amor por amor, intención por intención y actos por actos, siquiera con la desigualdad que la flaqueza del hombre puede permitirnos, al valor en cambio que ofrecemos a Dios.

Aparte la comunión sacramental, unión real y sacramental del Dios hombre con el hombre, no puede haber ocupación mejor ni que más bien responda a la vocación del cristiano, que la de adorar al Dios Eucaristía de día o de noche. En la noche, con ventaja, si cabe, por la excelencia, secreto y humildad con que se practica el ejercicio... Por otra parte, Jesús nuestro redentor, en su vida mortal, nos legó su ejemplo, pues el Evangelio nos asegura que se pasaba las noches en oración.

Conviene que los ejercicios de las vigiliias nocturnas sean adecuados a la misión del adorador, para avalorar el pequeño sacrificio del sueño, para ser más útil a la Iglesia y a sus hermanos, y para velar por los que duermen y, tal vez en las sombras de la muerte natural o en la muerte del pecado descansan sobre sus heces, como dice el profeta de los habitantes de las tierras de Joab.

Aconsejan las circunstancias de la vigilia de adoración concentrarse más en la práctica, tratar de aproximarse más a Dios, recabar de él mayores mercedes, y convertir al fin sus desvelos en un oficio de inmolación, expiación y desagravio, que cuadre mejor al favor de la singular vocación y a las necesidades de la obra, por las que no puede impetrar el cristiano dormido, que reposa tal vez en pecado en momentos próximos al día de la eternidad. De noche se peca más. De noche se mueren más hombres, y de noche corren mayores peligros, aun los que velan, por la naturaleza de las horas, que son favorables al crimen, arriesgados a los peligros y descuidados de acudir a Dios.

La noche es el periodo del tiempo que más se presta al ejercicio de la oración, a las lágrimas de la contrición, y a los actos de inmolación de que los santos y el Santo de los santos

nos dejaron hermosos ejemplos a seguir. Además, Dios se vale del apartamiento y del silencio para hablar a las almas, aunque su voluntad y su bondad de salvarnos sea constante y en todo tiempo y lugar, y acomodándose a nuestras condiciones, parece que en el silencio de la vigilia llama más a sí al hombre, mayormente a quien comienza por atraerle para conversar con Él por el sacrificio del descanso natural, ya que siempre responde al sacrificio por un aumento de gracia y de atracción.

(Último ensayo escrito por don Luis, poco antes de ocurrir su deceso y publicado en “La Lámpara del Santuario” Tomo XXII (1891), págs. 185-190)